



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1344

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 6 DE AGOSTO DE 1916

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LOS DRAMAS DEL MAR

NAUFRAGIO DEL VAPOR "SIRIO"

TRÉSCIENTOS MUERTOS

Las primeras noticias.

La fatalidad, la grande, la que hunde imperios florecientes y es causa de cataclismos cósmicos, ha sido una vez más siniestra colaboradora de esos dramas que por lo imprevisible y horrendo aterrorizan el ánimo de tal modo, que hace difícilísima su simple narración.

No encontramos palabras, en efecto, para poder referir la visión de un mar azul y tranquilo en donde se desarrollan las más trágicas escenas de que pueden formarse idea. Sucumbir en una batalla, ó tras de sostener una lucha, para la que ya se estaba preparado, siempre es terrible; pero, perecer en plena tranquilidad de espíritu, teniendo la tierra, esto es, la salvación, á la vista, y sin poder defenderse. Nosotros no conocemos motivos más fúgubres para el duelo.

Los detalles del naufragio del trasatlántico «Sirio», acaecido en Cabo Palos en la tarde de anteayer, sin causa alguna que lo hiciera temer ni sospechar, y debido sólo á criminal abandono ó imperdonable impericia del capitán del buque, son aterradoras, tanto, que sólo por un esfuerzo de voluntad, á la que sirven de acicate los deberes que con el público tenemos contraídos, quizás podamos referirlos, sobreponiéndonos á la impresión hondísima que aún nos embarga.

Las primeras noticias del naufragio recibieron el sábado en Cartagena á la seis y media de la tarde; pero, atenuaban tanto el suceso que, al anticipárselo á nuestros lectores, no podíamos suponer hubiese ocurrido tan crecido número de víctimas.

Retardó en saberse en toda su trágica grandeza la magnitud de la ca-

tástrofe, y á Cabo Palos fuimos para hacer de ella cumplida información.

El vapor «Sirio».

Es un hermoso trasatlántico italiano de siete mil toneladas.

Sus viajes ordinarios los realizaba desde Génova al Brasil.

Procedía de aquel puerto italiano. Hizo escala en Barcelona. En este punto embarcaron unos cincuenta españoles, casi todos ellos catalanes.

El pasaje componían veinte pasajeros de primera clase, cincuenta de segunda y seis ranchos, constituido cada uno por noventa individuos, de tercera clase.

Estos últimos son emigrantes, pobres trabajadores que huyen de sus lares en busca de tierras más hospitalarias.

A bordo iban muchas criaturitas pequeñas, y en los ranchos son consideradas cada cuatro de éstas como una persona mayor, por lo que no puede precisarse con exactitud el número de pasajeros. Aproximadamente pueden calcularse en setecientos cuarenta.

La tripulación estaba compuesta por ciento veintisiete individuos.

El capitán es el decano de los de la Compañía general de navegación de Génova, en donde lleva sirviendo veintiseis años.

Comenzó á navegar á los diez y seis años de edad, llevando, por lo tanto, cuarenta y seis en lucha con el mar. De carácter adusto y de muy pocas palabras, apenas si ha facilitado á los periodistas algunos datos sobre el naufragio. Particularmente, sobre las causas que lo motivaron, guarda absoluta reserva.

Estas costas debía conocerla prácti-

camente á la perfección, pues las ha recorrido más de veinte veces.

Al llegar á Cartagena, y después de haber prestado declaración, se alojó en la fonda de la Piña, echándose á dormir con entera tranquilidad.

La conducta del capitán es juzgada muy duramente, tanto por los pasajeros supervivientes del naufragio, como por todos los habitantes de Cabo Palos que lo presenciaron, y por aquellas personas enteradas de las obligaciones y responsabilidades que contrae el que manda un buque.

Las causas del naufragio.

Son muchas las versiones que hemos recogido de las causas que motivaron el naufragio del trasatlántico «Sirio», y ninguna de ellas, aun la dada por los oficiales del buque, está justificada.

En efecto: A ignorancia no puede achacarse la pérdida del hermoso buque, pues en todas las cartas se expresa claramente la existencia del bajo de las Hormigas, en donde ocurrió aquélla.

Se habla también de la desviación del buque en su derrotero, por causa de las corrientes, lo que tampoco es cierto, dado que la mar estaba en calma y el buque obedecía al gobierno que se le daba.

Lo más lógico es atribuirlo á impericia del oficial que lo mandaba, que era el tercero, ó á la temeridad del capitán al querer pasar por sitio tan peligroso, con el único objeto de no remontar el islote y ahorrarse así unas siete millas.

Pero, débese á lo que se deba, ya que no fué,—porque no, porque todo así lo comprueba,—por causa mayor imposible de haber evitado, hay que pedir estrecha cuenta y exigir respon-

sabilidades á los que son culpables de la catástrofe, bien por ineptitud, por abandono ó por temeraria confianza.

Abuso punible.

Lo constituye, y creemos que debe estar penado, el cometido con los pasajeros que embarcaron en Barcelona.

En esta capital los carteles anunciadores del viaje del vapor «Sirio», consignaban que efectuaría éste la travesía al Brasil en diez y seis días, no haciendo otra escala que en San Vicente de Cabo Verde.

En la Agencia consignataria del referido buque, así también lo decían, mintiendo á sabiendas, puesto que en Aguilas, Almería, Cádiz, Las Palmas y otros puntos, estaba anunciado el arribo de él para recoger emigrantes.

De haber sabido esto, muchos de los pasajeros hubiesen realizado el viaje en el trasatlántico español «León XIII», que zarpará de Cádiz en uno de estos días próximos.

Cómo se produjo la catástrofe.

El naufragio ocurrió á las cuatro en punto, y á unas tres millas de la costa, distancia ésta que muchos bañistas de Cabo Palos la recorren á nado.

El buque navegaba á toda máquina, pues su objeto principal era, según parece, ganar tiempo.

De pronto, y tras una fuerte sacudida, quedó varado en las rocas que forman el bajo.

A la vista se ofrece hundido de popa, que esconde completamente en el mar. Un tercio de buque, por la parte de proa, se halla fuera del agua. El hundimiento de la parte sumergida se realizó en cuatro minutos.

Al pánico que se produjo entre el

pasaje se debe que ocurriera tan crecido número de víctimas.

Todos, á bordo, trataron de ponerse á salvo, y nadie, incluso la oficialidad, trató de organizar con orden el salvamento. Es más: el capitán y los oficiales fueron los primeros que, en un bote que arriaron, abandonaron el buque dirigiéndose á tierra, desde donde estoicamente contemplaron las trágicas escenas á que dió lugar el naufragio.

Relato de un naufrago.

Hemos hablado con muchos de los supervivientes de tan horrenda catástrofe; pero, casi todos ellos sólo narran sus angustias y penalidades, y, aunque muy interesante cuanto dicen, no lo es tanto como el relato que del naufragio nos ha hecho un joven argentino, ex-alumno de la Academia de Ingenieros Militares, de Guadalajara; ahora estudiaba la carrera de Derecho.

Iba en mi camarote de primera clase,—nos decía—escribiendo una carta, cuando una fuerte sacudida me tiró al suelo y una gritería inmensa me hizo conocer que alguna horrible desgracia había ocurrido.

Pronto supe que habíamos chocado contra unas rocas submarinas.

Dolorido del golpe que al caer había recibido, subí casi arrastra sobre cubierta, y el cuadro aterrador que se presentó á mi vista perdurará en mi memoria por muchos años que viva.

El buque se sumergía de popa rápidamente; los pasajeros corrían como locos, dando gritos de terrible angustia, llorando unos, maldiciendo otros y todos llenos de terror.

Esto fué causa de que se cometieran escenas de verdadero salvajismo. Peleábanse entre sí, hombres y muje-

que figura que una de esas niñas criadas entre ellos como las de los cuentos, necesita ser tratada como cosa bendita...

Botó una carcajada y prosiguió:

—Lo digo porque ese don Jerónimo, padre de Carlos, tiene más cáscaras que un siete-cueros y es bravo como un ej-ebrivato. Mi padre no lo puede ver desde que lo tiene metido en un pletio por linderos y yo no sé qué más. El día que lo encuentra tenemos que ponerle por la noche tomentos de hierba mora y darle frías de aguardiente con malambo.

Habíamos llegado ya al lugar del rodeo. En medio del corral á la sombra de un gnáimo y al través de la po'vada levantada por la torada en movimiento, descubrí á don Ignacio, quien se acercó á saludarme. Montaba un onatago rosillo y cotudo, enjaezado con un «galápago» (1), cuyo lustre y deterioro proclamaban sus merecimientos. La amiga figura del rico propietario, estaba decorada así: samarros de león raídos y con capellada; espuelas de plata con rodajas encaneceladas; chaqueta de género sin aplanchar y ruana blanca recargada de almidón; co-

ronándolo todo un enorme sombrero de jipijapa, de esos que llaman cuando va al galope quien los lleva: bajo su sombra hacían la tamaño nariz y los ojillos azules de don Ignacio el mismo juego que en la cabeza de un pale-tón disecado los granates que lleva por aupilas y el prolongado pico.

Dije á don Ignacio lo que mi padre me había encargado sobre el ganado que debía cebar en compañía.

—Está bien,—me respondió.—Ya ve que la novillada no puede ser mejor: todos parecen unas torres. ¿No quiere entrar á divertirse un ratito?

A Emigdio se le iban los ojos viendo la farsa de los vaqueros en el corral.

—¡Ah tuao!—gritó,—unido con añillar el pial (1) .. ¡á la cola! ¡á la cola!

Me excusé con don Ignacio, dándole al mismo tiempo las gracias; él continuó:

—Nada, nada; los bogotanos les tienen miedo al sol y á los toros bravos; por eso los muchachos se echan á perder en los colegios de allá. No me dejaré mentir ese niño bonito hijo de don Chomo: á las siete de la mañana lo he

ciera, confesóme que después de haber guardado por algún tiempo como reliquia el recuerdo de Micolina, se había enamorado locamente de una preciosa «napanguita», debilidad que procuraba esconder á la malicia de don Ignacio, pues que éste había de pretender desbaratarle todo, porque la muchacha no era señora; y en fin de fines raciocinó así:

—¡Como si pudiera convenirme á mí el casarme con una señora para que resultara de todo que tuviera que servirle yo á ella en vez de ser servido! Y por más caballero que yo sea, ¡qué diables iba á hacer con una mujer de esa laya! Pero si conocieras á Zoila... ¡Hombre! no te pondero; hasta le harías versos... ¡Qué versos! se te volvería la boca agua... sus ojos son capaces de hacer ver á un ciego; tiene la risa más linda, los pies más finos; y una cintura que...

Poco á poco,—le interrumpí,—¿es desde cuando te frenéticamente enamorado que echas á perder tu casa con ella?

—¡Me caso aunque me lleve la trampa!

—¿Con una mujer del pueblo? ¿qué consentimiento de tu padre?... Ya se ve: tú eres hombre de barbas, y debes de saber lo que haces. ¿Y Carlos tiene noticia de todo?

—¡No faltaba otra cosa! ¡Dios me libre! Si en Buga lo

(1) Silla inglesa.

(1) Cuérda con que maniatan las reses para echarlas á tierra.